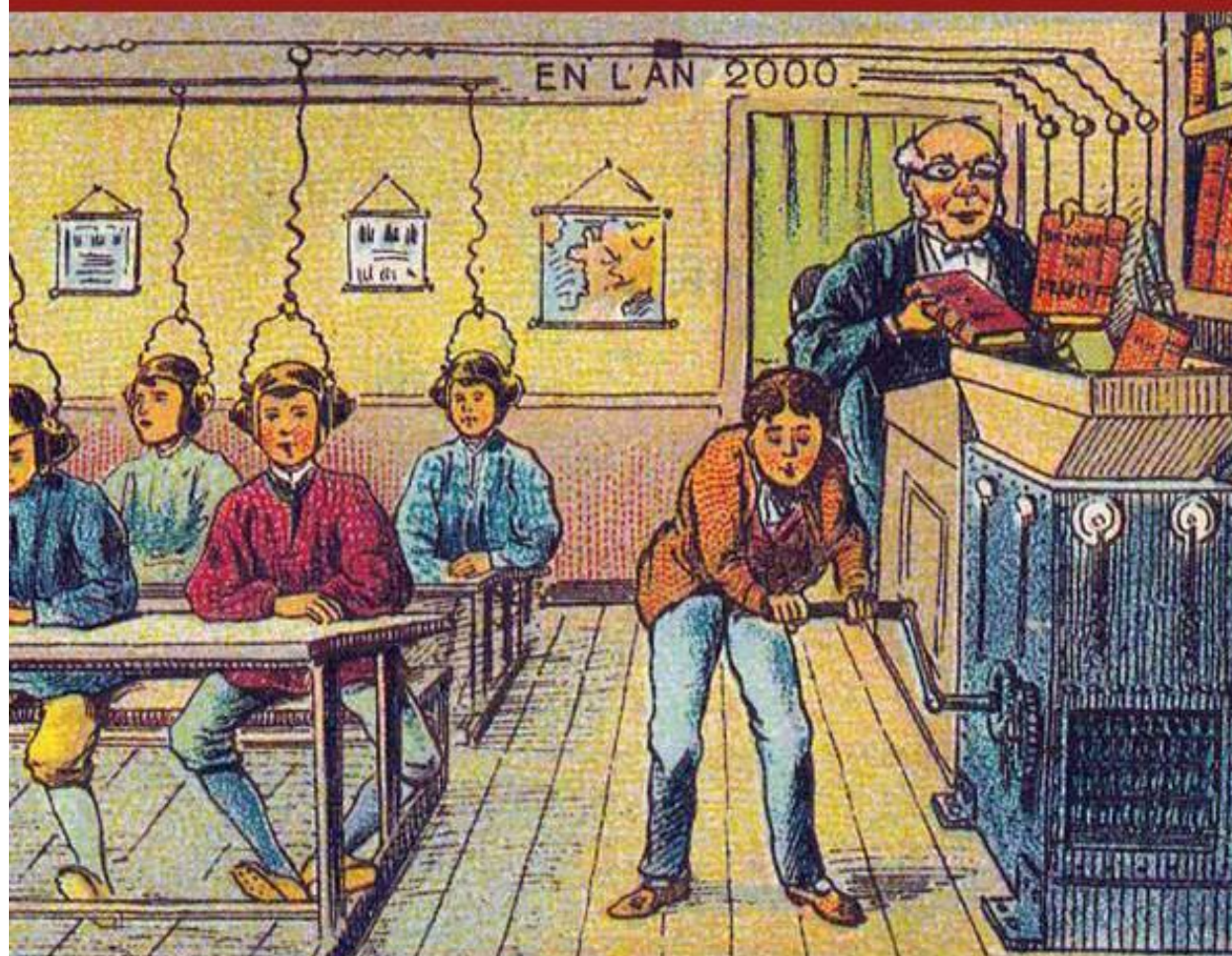


Asociación de Historia Contemporánea  
Actas del XIV Congreso

**DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES**  
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)  
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

*Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)*

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

## PRESENTACIÓN DEL TALLER

### «ODIOS QUE CRUZAN FRONTERAS: ACCIONES VIOLENTAS CONTRA INTERESES Y CIUDADANOS EXTRANJEROS DURANTE LA CONTEMPORANEIDAD»

Misael Arturo López Zapico (*Universidad Autónoma de Madrid*)  
José Antonio Montero Jiménez (*Universidad Complutense de Madrid*)

Aterrorizado por el recuerdo de un tiroteo que presencié en San Francisco el año 1889, Rudyard Kipling no se abstuvo de advertir «a quienes sigan mis pasos, que no se paseen por el barrio chino de noche y solos. Pueden darse de bruces con un pintoresco retrato de la naturaleza humana que los deje medio día con un ataque de nervios»<sup>5089</sup>. Resulta curioso que el británico, quien nunca ocultó su antiamericanismo, no asociara la violencia con los rasgos inherentes de la tierra en la que encontró esposa y escribió alguno de sus libros más famosos. Los textos que siguen parten de un intento por desentrañar la relación entre antiamericanismo y manifestaciones de violencia, aunque en un sentido opuesto: no se trata ya de saber quiénes y cuándo han atribuido al carácter norteamericano un tinte violento, sino de conocer en qué circunstancias el odio a Estados Unidos ha derivado en ataques contra intereses materiales asociados con ese país. La empresa nos ha forzado a plantearnos varias dudas de índole teórica y metodológica; igual que Kipling daba a la violencia un significado antropológico, ¿podría decirse que el antiamericanismo ha generado el mismo nivel de violencia que otros sentimientos anti-extranjeros? O, por el contrario, ¿tienen los recelos hacia Estados Unidos un componente propio que los hace más proclives a la violencia? Si es así, ¿qué características otorgan a «lo americano» quienes ejercen esa violencia para justificar sus actividades? ¿Puede ser el antiamericanismo -y con él Estados Unidos- un chivo expiatorio desde el que canalizar la oposición contra algo más etéreo o heterogéneo, como la globalización?

La RAE define lo *antiamericano* como algo «contrario a los Estados Unidos de América, a los estadounidenses o a determinados valores que se consideran característicos de su sociedad»<sup>5090</sup>. Resulta difícil colocar en torno a una serie de puntos comunes una realidad tan diversa como «los Estados Unidos» o «los estadounidenses». Parece más cómodo centrarse en la segunda parte de la definición, y tratar de dilucidar qué es aquello relacionado con América que suscita rencores más allá de sus fronteras. El foco debe ponerse así no en el supuesto creador de las transferencias procedentes de Estados Unidos, sino en quienes las reciben y se sienten contrariados por ellas<sup>5091</sup>. Desde esta perspectiva, encontramos que la mayor parte de los discursos antiamericanos adolecen de un cierto *conservadurismo*, pero no tanto en el sentido político del término, cuanto en la oposición a un determinado modelo de desarrollo<sup>5092</sup>. Muchas de las reflexiones más famosas sobre Estados Unidos, desde Tocqueville a Servan-Schreiver, pasando por el propio Kipling, Rodó, H. G. Wells, Ortega, Duhamel o incluso Vázquez-Montalbán, partían de la preocupación por los problemas políticos, sociales o económicos que percibían en su entorno -europeo o

<sup>5089</sup> Rudyard KIPLING: *América*, Valencia, Pre-Textos, 2014, p. 71.

<sup>5090</sup> <http://dle.rae.es/?id=2p5Zct4> (Consultado el 20 de noviembre de 2018).

<sup>5091</sup> Richard KUISEL: «Commentary: Americanization for Historians», *Diplomatic History*, 24:3 (2000), pp. 509-505.

<sup>5092</sup> Jessica C. E. GIENOW-HECHT: «Always Blame the Americans: Anti-Americanism in Europe in the Twentieth Century», *American Historical Review*, 111:4 (2006), pp. 1.067-1.091.

latinoamericano-, y que quizá se agravarían con la adopción del paradigma de futuro que veían encarnarse en América. El antiamericanismo -como la oposición a todo lo extranjero o extranjerizante- deviene así en una especie de juego de *espejos*, que sirve para proyectar en el otro lo que no nos gusta de nosotros mismos; pero a la vez *nacionaliza* -y focaliza- fenómenos mucho más amplios, como pueden ser la «modernización», la «mundialización» y, más recientemente, la «globalización». De esta forma, el rechazo a lo «americano» puede ser similar a otros muchos «rechazos» que se centran en un país o en unos actores foráneos concretos<sup>5093</sup>.

La interpretación más clásica coloca el antiamericanismo en el contexto político-económico-ideológico de la Guerra Fría, entendida como la contraposición de dos modelos de desarrollo -capitalismo y socialismo- en una pugna por la hegemonía que habría acabado afectado a la realidad de gran parte del planeta. Baste como muestra la utilización que hicieron las elites mexicanas de la diplomacia pública estadounidense -y la retórica de la propia Guerra Fría- para afianzar sus intereses particulares. De manera tal que la lucha contra los gobiernos del PRI se entreveró con el odio secular hacia los Estados Unidos, y la admiración a quienes -como Fidel Castro- les hacían frente, traducida en acciones como el asalto al Instituto Mexicano-Americano de Morelia en 1961, al grito de *¡Cuba sí, yanquis no!*<sup>5094</sup>. Aquí, *antiamericanismo* era sinónimo de *anticapitalismo*, y servía como herramienta de lucha contra gobiernos propios o ajenos tenidos por aliados de Washington. El escenario latinoamericano protagoniza, desde el punto de vista opuesto, el estudio conjunto de David Vale Díaz y Julio Lisando Cañón Voirin, o el de Eduardo Tamayo Belda, quienes analizan la violencia estatal contra los opositores políticos tachados como *enemigos anticomunistas*, para facilitar la aquiescencia más o menos directa, cuando no la colaboración, de los servicios secretos de Estados Unidos. En estas instancias, la violencia fue más catalizador que consecuencia de un posible odio hacia lo extranjero; una vez más, personificado por «lo estadounidense».

Este resquemor estaba perfectamente asentado entre la oposición española al franquismo durante el declive del régimen y la posterior Transición a la democracia. Miguel García Lerma y Víctor Aparicio Rodríguez muestran que el antiamericanismo común a todo el nacionalismo radical vasco se utilizó como instrumento dentro de las luchas intestinas en el entorno *abertzale*, y propició ataques a intereses empresariales norteamericanos, mezclados con acciones de parecido calado contra instituciones tachadas de capitalistas. Una actividad violenta que, a mediados de los años ochenta, situó a la banda terrorista Iraultza entre aquellas que más ataques perpetraban contra compañías multinacionales de matriz estadounidense<sup>5095</sup>. El exiguo número de activistas vinculados a Iraultza es una buena muestra del daño y la presión que pequeños grupos radicales son capaces de ejercer sobre uno de los pilares del poderío de Estados Unidos a nivel mundial: su penetración económica.

---

<sup>5093</sup> Un ejemplo de la identificación entre *globalización* y *americanización* puede encontrarse en los trabajos de Thomas L. FRIEDMAN, comenzando por *The Lexus and the Olive Tree. Understanding Globalization*, New York, Anchor Books, 2000.

<sup>5094</sup> Seth FEIN: «Everyday Forms of Transnational Collaboration. U.S. Film Propaganda in Cold War Mexico», en G. M. JOSEPH, C. C. LEGRAND y R. SALVATORE (eds.): *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S. Latin-American Relations*, Durham, Duke University Press, 1998, pp. 400-450. Eric ZOLOV: «¡Cuba sí, Yanquis no! The Sacking of the Instituto Cultural Mexicano-Norteamericano in Morelia, Michoacán, 1961», en G. M. JOSEPH y D. SPENSER (eds.): *In from the Cold: Latin America's New Encounter With the Cold War*, Durham, Duke University Press, 2008, pp. 214-252.

<sup>5095</sup> Véase «Iraultza» en VP's Task Force on Combatting Terrorism: *Terrorist Group profiles*. Washington D. C., 1989, pp. 47-50.



No son pocos los autores que, para contextualizar mejor este tipo de acciones, obviamente con el propósito de entender sus raíces y sin ánimo ninguno de justificación de las mismas, acuden al pasado de los vínculos hispano-norteamericanos para buscar en tiempos pretéritos pistas o claves explicativas<sup>5096</sup>. Así, se ha convertido en una convención señalar que el rechazo de buena parte de la izquierda española hacia la superpotencia y su política exterior tiene su origen en el modo en que la dictadura franquista fue reintegrada en el escenario internacional de la Guerra Fría<sup>5097</sup>. Unos acuerdos que, como los firmados en 1953, trocaban bases por ayuda o respetabilidad exterior, y que condicionaron el devenir de la relación bilateral durante décadas sucesivas<sup>5098</sup>. Tanto es así que el resentimiento por el apoyo diplomático que el gobierno estadounidense había prestado a Franco perduró lo suficiente para influir en el debate en torno a la entrada de España en la OTAN. Así lo señala en su comunicación Coral Morera Hernández, quien no duda en afirmar que los gobiernos democráticos instrumentalizaron ese sentimiento en beneficio de sus propios objetivos políticos. Una tesis plausible, pero que quizás deba de problematizarse buscando abrir la imagen para integrar otra cuestión central de la acción exterior española en ese periodo. Nos referimos al proceso de adhesión de España a las Comunidades Europeas y los efectos que tuvo al otro lado de los Pirineos. Una cuestión abordada por Sergio Molina García al analizar la reacción violenta de parte de los productores del agro francés ante los recelos que despertaba la competencia económica que España suponía para el país vecino.

Un ramillete de acciones intimidatorias que han pasado al imaginario colectivo bajo el marbete de «la guerra de los camiones» y que, aunque un poco alejadas del leitmotiv inicial del taller, invitan nuevamente a repensar el término que articula la presente introducción. Por ejemplo, tiene un interés notable que este tipo de estallidos de violencia -que se hacen pasar por primarios y espontáneos, al tiempo que pretenden entroncar con fenómenos históricos propios de las sociedades rurales- raramente se adscriban a un odio generalizado ante lo español. Tampoco en los ataques contra intereses empresariales franceses de la -anteriormente mencionada- organización terrorista Iraultza suele hablarse de una pauta de actuación antigalicista o antifrancesa. En suma, parecen existir condicionantes o elementos diferenciales que dotan a los sentimientos antiamericanos de unas características muy particulares. Al menos en la visión que, en general, ha predominado en los estudios sobre el fenómeno, toda vez que la propia evolución del término presenta aristas y matices que necesariamente han de ser tenidos en cuenta<sup>5099</sup>.

En ese sentido, el antiamericanismo puede estudiarse también como el efecto y la causa de fuerzas *transnacionales* o incluso *globales*. Algunos de los componentes propios de los discursos contrarios a Estados Unidos provienen de los intentos, por parte de su gobierno, de reaccionar frente a amenazas exteriores. El temor frente a las ideologías revolucionarias comenzó allí mucho antes de la revuelta bolchevique de 1917, pudiendo rastrearse sus orígenes hasta el asesinato de William McKinley en septiembre de 1901<sup>5100</sup>. El magnicidio acabó llevando, siete años más tarde, a la creación del mismo Bureau of Investigation que, tras la Gran Guerra, dedicó una parte importante de sus esfuerzos a controlar a los inmigrantes sospechosos de radicalismo. En este

---

<sup>5096</sup> Alessandro SEREGNI: *El antiamericanismo español*, Madrid, Síntesis, 2007.

<sup>5097</sup> Manuel AZCÁRATE: «La percepción española de los Estados Unidos», *Leviatán. Revista de Hechos e Ideas*, 33 (1988), pp. 5-18.

<sup>5098</sup> Ángel VIÑAS: *En las garras del águila*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>5099</sup> Así ha sido señalado por FRIEDMAN, M.P.: *Rethinking Anti-Americanism: The History of an exceptional concept in American foreign relations*. Cambridge University Press, New York, 2012.

<sup>5100</sup> Mary S. KALDOR: «The Global War on Anarchism: The United States and International Anarchist Terrorism, 1898-1904», *Diplomatic History*, 39:2 (2015), pp. 303-330.

contexto se sitúa precisamente el texto de Dario Migliucci, que estudia cómo el desprestigio del propio concepto de *propaganda* se utilizó en la inmediata posguerra para impedir la entrada de publicidad subversiva, en una demostración más de la *paranoia* propia del primer *Red Scare*. El fenómeno de la violencia, y sobre todo de la violencia terrorista, asociada a actitudes antiamericanas, anticapitalistas o antioccidentales, ha sido ciertamente, en no pocas ocasiones, de inspiración transnacional, ya sea en sus raíces intelectuales o en su propia organización. Carolina Labarta y Tilman Lüdke lo ponen de manifiesto estudiando cómo la violencia vinculada a los conflictos de Oriente Medio -desde el genocidio armenio hasta la causa Palestina, pasando por la cuestión de Argelia- tuvo como escenario la Alemania de Weimar y, más tarde, la República Federal de Alemania, afectando a los alineamientos políticos internos. Más cerca de casa, Gaizka Fernández Soldevilla se centra en la inspiración que ETA pudo recibir, al optar por la violencia, de distintos movimientos de liberación nacional propios del Tercer Mundo.

A la luz de lo que aquí se publica, podría concluirse que la mejor opción para comprender los usos y costumbres de la violencia contra intereses extranjeros pasa por adoptar la óptica de la *globalización*. La manifestación de los fenómenos globales es siempre -en mayor o menor medida- local y, por tanto, resultado de la interacción entre una fuerza supranacional -de corte ideológico, económico, social o político- y las respuestas que suscita en un espacio geográfico específico. Éstas, a su vez, transforman la influencia original y, con ella, su propia fuente. Muchas reacciones violentas, que se escudan en o atacan a intereses extranjeros, parten de una situación de conflicto localizado, ya existente, cuyos agentes se amparan en discursos de rencor hacia un enemigo real o imaginado, bien para eludir responsabilidades, bien para canalizar los odios en juego. Así se hizo en Latinoamérica, tanto por parte de los gobiernos como de los movimientos de oposición contra los que se resistían o a los que reprimían; también sirvió, en la España tardofranquista y democrática, para sostener los discursos no solo de la oposición, sino también de los sucesivos gobiernos. Entretanto, ni Estados Unidos, ni quienes como ellos fueron objeto o agente involuntario de las críticas, resultaron inmunes. Algunas instituciones norteamericanas cristalizaron precisamente frente a peligros -explícitos o implícitos, en diverso grado- de índole transnacional o global, provocando, irónicamente, un exacerbamiento de las invectivas que deseaban atajar. Lo mismo acaeció en Alemania, cuyos engranajes político-administrativos hubieron de acoplarse, entre otras muchas cosas, a las influencias que sobre distintas fuerzas políticas ejercían los protagonistas de conflictos aparentemente lejanos en el espacio. Si algo queda claro, es que necesitamos seguir ampliando nuestras reflexiones, aunque no resultará muy aventurado decir que ponerle un gentilicio a la violencia puede generar la misma confusión que experimentó Kipling cuando intentaba definir, de camino hacia Estados Unidos, lo que significaba ser «americano»: «Esto es América. Se llama *Ciudad de Pekín* y pertenece a la Compañía de Correo del Pacífico, pero a efectos prácticos es los Estados Unidos. Nos dividimos en misioneros y generales; generales que estuvieron en Vicksburg y Shiloh, alemanes de nacimiento, pero más americanos que los americanos, que en confianza te cuentan que no son generales, sino sólo comandantes provisionales de milicia. ¿Han oído alguna vez a un pastor inglés sermonear durante media hora sobre los registros de tráfico pesado y actividades generales de, digamos, la Midland?»<sup>5101</sup>.

---

<sup>5101</sup> Rudyard KIPLING: *América...*, p. 25.